[Otra edición en: *Atlántida*, vol. VII, n.º 37, enero-febrero 1969, 104-111. Editado aquí en versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*, con cita de la paginación original].
© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.

En el aniversario del descubrimiento de la Cueva de Altamira

Martín Almagro Basch

[-104→]

Fue en 1868 cuando un cazador vio desaparecer a su perro persiguiendo una alimaña por una grieta de un simple saliente rocoso en las ondulaciones y verdes colinas que rodean la villa de Santillana del Mar. El animal ladraba quejumbroso deseando salir y sus lamentos inclinaron al cazador ayudado por otros vecinos a remover el terreno y apartar y romper algunas piedras de la grieta hasta abrir un paso para poder liberar al pobre animal. Así se descubrió la gran caverna de Altamira.

El incidente se fue comentando por toda la región y llegó a oídos de un propietario de aquella comarca, don Marcelino Sáez de Sautuola que vivía en Puente de San Miguel a unos cuatro kilómetros de la villa de Santillana del Mar. Sautuola visitó el lugar, pero, solo en 1875 comenzó a realizar algunas prospecciones arqueológicas descubriendo huesos fosilizados y algunos sílex tallados por el hombre, dando así comienzo a la exploración científica de Altamira y de otras cuevas de la región, como la cueva de Camargo del pueblo de Revilla y otras.

Extraña un poco que un propietario provinciano de 1875 fuera capaz de iniciar estas investigaciones prehistóricas. Ellas le conducirían luego a un descubrimiento de enorme interés universal.

Una primera respuesta a esa extrañeza la constituye el hecho de las constantes relaciones de Sautuola con Juan Vilanova y Piedra, catedrático de Geología de la Universidad Central. A Vilanova le consultó Sautuola todos los hallazgos y de él es de quien recibió alientos para proseguirlos hasta 1879 en que descubrió las famosas pinturas rupestres de la cueva. En el año siguiente, 1880, Sautuola da cuenta de su hallazgo en un librito lleno de razonado juicio y de dignidad científica, que constituye la primera monografía del mundo sobre el arte cuaternario y que en consecuencia es de hecho un verdadero timbre de gloria para la ciencia española.

En la primera página de este ya célebre folleto que él tituló *Breves apuntes* **[-104→105-]** *sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander* nos cuenta algo esencial en lo que se refiere a su formación y preocupaciones por las investigaciones prehistóricas, pues dice realizarlas "aguijoneado por su afición a estos estudios y excitado muy principalmente por las numerosas y curiosísimas colecciones de objetos prehistóricos que tuve el gusto de contemplar repetidas veces durante la Exposición Universal de 1878 en París". A su vez, leyendo con atención las páginas de su libro, se ve cómo su interés por los estudios prehistóricos le había llevado a conocer las publicaciones que en España abrieron el camino a la investigación del remoto pasado del hombre entre nosotros y cómo había seguido con pasión las disputas científicas sobre la antigüedad de la especie humana sostenidas por Boucher de Perthes, sobre todo a través del libro de John Lubbok.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Sautuola cita los trabajos de Casiano del Prado publicados entre 1858 a 1864, sobre todo el último titulado *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, cuya primera parte ya se editó en 1862. Se ve ha leído y ha recibido un fuerte influjo de la obra de Juan Vilanova y Piedra, *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, editada en 1872, verdadera piedra fundamental de los estudios prehistóricos en España. No cita sin embargo la traducción del libro de Zimerman, *El hombre*, que editó Montaner y Simón, de Barcelona, en el mismo año 1872 y que inició la antropología prehistórica entre nosotros.

También se había ya editado el libro de Manuel de Góngora, otro benemérito erudito provinciano, quien en 1868 había publicado su libro *Antigüedades de Andalucía*, realmente obra precursora y llena de mérito y que no sabemos si llegó a manos de Sautuola, así como el libro de Sales y Ferrer, *Prehistoria y origen de la civilización*.

No había en aquellos años de actividad inicial de nuestra prehistoria más literatura científica en nuestra lengua y sobre nuestra patria. El libro de Sautuola se añadía a tan singulares aportaciones y solo dos años antes de morir Sautuola en 1888 aparecerían el libro de E. Cartailhac, *Les Ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, editado en 1886, en el cual no se hace alusión alguna al gran descubrimiento y aportaciones de Sautuola y el de L. Siret, *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*, aparecido en 1890, que tampoco hizo referencia alguna al gran hallazgo de Altamira en el que nadie creía aún por entonces.

Hoy, a cien años de distancia, podemos ver a Sautuola como un solitario lleno de curiosidad científica y bien informado de los hallazgos que venían a construir toda una visión nueva de la historia y del origen de la especie humana. A través de las páginas de su libro se ve cómo Sautuola, con su afán de investigador, desea incorporarse a un grupo reducido de europeos que intentaban exponer y sostener la evidencia de sus hallazgos en medio de la más ruda incomprensión, no sólo por parte de los científicos, sino también de los simples ciudadanos.

Era una lucha iniciada ya en 1833, cuando el belga Schmerling, tras sus **[-105→106-]** excavaciones y hallazgos en la región de Lieja sostuvo que entre los fósiles de animales extinguidos aparecían huesos humanos fósiles y con ellos útiles de sílex.

Cuvier no admitió tal hallazgo y con su prestigio personal pudo imponer el que nadie admitiese ni estas observaciones de Schmerling, ni las que hacía Picard en Abbeville (Francia). Tampoco fue más afortunado el heroico Boucher de Perthes, que estudiaba las terrazas del Somme, siguiendo las huellas de Picard, queriendo cimentar definitivamente la idea de que el hombre había tenido una existencia de milenios sobre la tierra, viviendo ya en ella cuando la habitaban animales extinguidos. Tal afirmación parecía estar en contradicción con la letra de varias frases bíblicas, sobre todo de los once capítulos primeros del Génesis sobre el origen del hombre. Ello abrió una polémica entre Boucher de Perthes con la mayoría de sus conciudadanos y, sobre todo, con la ciencia oficial representada por las Academias.

Es bueno recordar que desde 1849 en que publicó su libro *Antiquités Celtiques et Antédiluviennes* hasta su muerte en 1868, año en que conmemoramos también el descubrimiento de la cueva de Altamira, no vio Boucher de Perthes acogidas sus ideas en los cenáculos oficiales. Solo tuvo como heroicos defensores a algunos activos investigadores que continuaron la lucha por él iniciada. En 1863 fue sobre todo E. Lartet quien se incorpora a esta tarea científica y excava varias cuevas del sur de Francia con la misma preocupación de probar la gran antigüedad del hombre y logra imponer a muchos la nueva visión de la historia humana. Le protege y anima un curioso banquero londinense, Christy, que entre otras cosas tiene en su haber científico, por el conocimiento de la his-

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

toria primitiva del hombre, el haber inclinado, al entonces joven Taylor, a los estudios etnológicos, mientras paseaban ambos en un guagua por La Habana bella de la época española.

Ciertamente, la Prehistoria venía a romper el molde de la visión hasta entonces admitida sobre el origen del hombre y de su historia. Hubo de abrirse paso entre enconadas y despectivas actitudes y es una apasionada página de la historia de la ciencia, la discusión de aquellos sorprendentes primeros hallazgos que promovían por doquier contra dicciones hasta con la fe y la apologética bíblica. En torno a los debates que el tema promovía se fue forjando la personalidad científica de Marcelino de Sautuola.

Intencionadamente, sin entrar en anécdotas y detalles, he querido recordar esta lucha mantenida por unos pocos heroicos hombres de ciencia para sostener la verdad de sus hallazgos ante la incomprensión general, pues ellos y sus inmediatos seguidores y discípulos iban a ser, pocos años después, los encarnizados detractores de Sautuola. Ellos le despreciarían e injuriarían tratándole de falsario, mezclando personalismos, ideas políticas e ideas religiosas con una pasión digna de mejor causa. Hoy resulta aleccionador ver a los cien anos de aquellas luchas intelectuales por una verdad científica que sólo poco a poco se logró imponer, cómo las mismas personas que **[-106→107-]** habían recibido en sus espíritus y en su vida los latigazos crueles de la incomprensión, iban a ser quienes iban a aplicar la misma dureza y terquedad mental ante el descubridor de las pinturas de Altamira y del sorprendente arte rupestre cuaternario, primera gran manifestación plástica del espíritu humano.

Es esta una lección de la historia humana que invita a no olvidar hechos y actitudes personales, pues además aún veremos en nuestro siglo cómo los errores cometidos entonces con Sautuola y su descubrimiento trascendental volverían a repetirse de nuevo y con el mismo furor e incomprensión al valorar la otra provincia artística de nuestro arte rupestre prehistórico: el arte rupestre levantino.

La historia del nacimiento de la Prehistoria es el relato de un continuo sinsabor para sus heroicos iniciadores. Schmerling fue despreciado por Cuvier, ciertamente el más eminente paleontólogo de su tiempo y se vio abandonado y burlado por todos los científicos. El caso del mismo Lyell, que al fin ayudará a Boucher de Perthes, es bien significativo. Bajo la influencia de Cuvier se negó a admitir los evidentes hallazgos de los restos fósiles humanos de Enghín y otros lugares cercanos a Lieja, llevados a cabo por Schmerling. El gran sabio francés, el mantenedor del fijismo en paleontología, frente al lamarkismo y al darwinismo reaccionó ante los hallazgos de Schmerling, categórico: "No hay hombres fósiles, no los hubo nunca y por lo tanto no habrá paleontología humana". Hasta su muerte, su fuerza social y política y su gran saber, pues es, no se olvide, el fundador de la Paleontología comparada, impidió que paleontólogos, antropólogos y prehistoriadores pudieran levantar cabeza y opinaran contra sus ideas. Si alguien se atrevía a sostener la gran antigüedad del hombre sobre la tierra era combatido, y lo que es peor, despreciado.

El caso del heroico Boucher de Perthes será siempre aleccionador. Bastará para hacer ver la carga política y las aprensiones religiosas que sus ideas ofrecieron a sus contemporáneos, el recordar que solo al triunfar la revolución liberal y progresista en 1848 en París, se decidirá a publicar en 1849 Boucher de Perthes su obra *Antiquités Celtiques et Antédiluviennes*. Sólo en 1859 aparece la obra de Darwin, *L'Origine des Espèces* y Broca puede lograr fundar la "Société d'Anthropologie", aunque pocos años antes, al discutirse el cráneo de Neanderthal hallado en 1856, fue juzgado por los sabios oficiales como "el cráneo de un cretino".

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

En este ambiente científico debe citarse entre otros, por su personalidad muy representativa, a Gabriel de Mortillet, tan ligado e influyente en los juicios condenatorios contra nuestro ilustre montañés. Había nacido en 1821, el mismo año que Marcelino de Sautuola. Estudió en los jesuitas de Chambery, uno de los centros más famosos de la Orden en Francia y allí debió forjar su odio al clero. Participó activamente en la revolución de 1848 y escribió entre otros folletos, soflamas y artículos revolucionarios, quitándose siempre en ellos el "de" de su apellido, un trabajo sobre la guillotina, que editó significativamente **[-107→108-]** con tinta roja. Así, cuando el futuro Napoleón III toma el poder en París, en diciembre de 1848, creyó prudente huir a la Saboya donde trabajará con pasión en el campo de la Prehistoria. Como los demás pioneros de esta ciencia, combate y es combatido por sus hallazgos e ideas. Pero ya el triunfo de esta ciencia se ha asegurado tras los esfuerzos de Lartet, Christy, Garrigou y otros. El mismo Napoleón III, ya emperador desde 1852, al incorporar la Saboya en 1858 a Francia, a pesar del rabioso izquierdismo violento de Mortillet, le permite volver a París y le ayudó a organizar el "Museo de Antigüedades Nacionales" en el Palacio-castillo de Saint-Germain en Laye, que se abre en 1863. Gabriel de Mortillet puede fundar en 1864 la primera revista de Prehistoria del mundo, los *Materiaux pour l'histoire positive et philosophique de l'homme*. Su título está ya denunciando su progresismo sociológico, hijo del pensamiento positivista de Compte. En 1865 realiza la fundación del "I Congrés Internationaux d'Archéologie et d'Anthropologie Préhistorique". En 1868, el aniversario que recordamos, Broca ha vencido la resistencia de Cuvier y funda "L'École d'Anthropologie", donde Gabriel de Mortillet aparece de nuevo pero ahora ya con el "de" delante de su apellido.

A su lado viene trabajando desde 1863 un joven periodista, Emile Cartailhac, que será su amigo y sucesor, también famoso por su ruda oposición a admitir el descubrimiento de Sautuola y luego por su famosa confesión "mea culpe d'un sceptique". Como los anteriores personajes que venimos describiendo, Piette es un juez rural de paz que desde 1869 se incorpora a estas investigaciones y que es el gran descubridor de las manifestaciones del arte mueble, sobre todo de las pequeñas esculturas en hueso, en marfil de mamut, en asta de reno, etc., cuya autenticidad es evidente por hallarse enterradas entre los estratos del-Cuaternario final. Piette, con Lartet y con Christy valora aquellas pequeñas, pero bellas obras del arte humano, con la mentalidad de los prehistoriadores de su tiempo como obra del hombre paleolítico, "feliz ateo que practicaba el arte por el arte y la decoración por la decoración".

Los hallazgos prehistóricos y las ideas que los prehistoriadores sostenían, sólo reciben un definitivo y general espaldarazo en 1878, al organizarse una exposición de los mismos en la famosa Exposición Universal de París. Sabemos cuánto aquellos objetos allí expuestos influyeron en las ideas y entusiasmos de nuestro Sautuola según él mismo nos confiesa al publicar las pinturas y otros hallazgos de la cueva de Altamira.

No es fácil comprender cómo estas primeras figuras creadoras de la ciencia prehistórica que había sufrido hacía pocos años humillaciones, ataques y burlas por sostener la gran antigüedad del hombre frente a otras ideas tan arraigadas como falsas, van a ser los protagonistas de un ataque y una incomprensión dura y dolorosa para un caballero como Sautuola.

El descubrimiento de las pinturas de Altamira hecho por M. de Sautuola debió ser conocido pronto por los prehistoriadores franceses y discutido **[-108→109-]** entre ellos, pues ya en 1872, Gabriel de Mortillet escribe a Carthaillac que piensa visitar la cueva

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

con dudas evidentes sobre el valor de los hallazgos: "no te fíes, amigo —le decía— es una trampa que nos tienden los jesuitas a los prehistoriadores para reírse de nosotros".

Juicio tan extraño y cerrazón mental tan fanática parecería incomprensible, pero más difícil es comprender tal fanatismo en aquellos que se creían liberales y librepensadores.

Tal vez para defenderse y hacer valorar su hallazgo publicaría su trabajo de Sautuola. Pero su descubrimiento fue rechazado por todos los hombres de ciencia de su tiempo, tanto extranjeros como españoles. Solo el español Vilanova y Piera defendió á su amigo y en parte discípulo frente a la general incomprensión.

Intentó el catedrático ilustre de la Universidad de Madrid que se discutiera al menos el hallazgo en el "II Congrés International d'Archéologie et Anthropologie Préhistorique", celebrado en Lisboa en 1880; pero ninguno de los participantes admitió la autenticidad del hallazgo, quedando enjuiciado como un falsario su descubridor. Nadie se acercó siquiera a ver la cueva y sus pinturas. Incluso el profesor Vilanova y Piera invitó a los congresistas a visitar Altamira, pero no pudo obtener que aceptaran la invitación, ni individual ni colectivamente.

Sólo E. Harle, ilustre paleontólogo francés, se acercó a Altamira en 1881 y en un artículo publicado al año siguiente rechazó la autenticidad de las pinturas, creyéndolas obra reciente, pero al menos salvó la honorabilidad de Sautuola, creyendo que se pudieron pintar entre 1875, año en el cual comenzó él sus excavaciones y 1879 en que se hallaron las pinturas por su hija María.

En 1883, Gabriel de Montillet publicaba su famoso libro *Le Préhistorique*. *Origine et antiquité de l'homme*, que se ha reeditado en sucesivas ediciones hasta 1910 y donde jamás se menciona para nada la cueva de Altamira.

Tampoco en España, a pesar de la honrosa excepción de Vilanova y Piera, halló mejor acogida que en el extranjero el descubrimiento de Sautuola. Da pena leer los juicios de los engolados académicos que representan nuestra ciencia en aquellos años. En 1886, la Sociedad Española de Historia Natural de Madrid, en dos largas sesiones, discutió el hallazgo. Primero el 3 de noviembre, don Eugenio Lemus y Olmo sostuvo que las pinturas de la cueva de Altamira eran recientes: "obra de un mediano discípulo de la escuela moderna"... "que denota en la ejecución abandono amanerado".

En la sesión del 1 de diciembre, con argumentos muy objetivos sostuvo Vilanova y Piera su autenticidad, pero fue rechazada su opinión y admitido el juicio de Lemus por Ignacio Bolívar, Eduardo Reyes Prósper y Manuel Antón Ferrandis. Este último llegó a afirmar "que las figuras descritas como bisontes ofrecen grandísimo parecido con la raza bovina que se cría todavía en las montañas que rodean a Reinosa". Nadie compartió la opinión de Vilanova y Piera.

Así no es de extrañar que no se hablara siquiera de la cueva de Altamira y sus pinturas en el III Congreso de **[-109→110-]** Arqueología y Antropología Prehistóricas celebrado en París en 1889. Marcelino de Sautuola moría en 1888 sin que los medios científicos nacionales ni extranjeros aceptaran su descubrimiento. Incluso en una obra tan fundamental en la historia de estos estudios prehistóricos en España como la de Vilanova y Piera, *Geología y Prehistoria de la Península Ibérica*, publicada en Madrid en 1894 no se cita ni el hallazgo de la cueva ni las discusiones sobre sus pinturas. El único valedor de Sautuola quedaba callado ante la posición científica y mental de todos los representantes de la ciencia de su tiempo.

Pero al año siguiente, E. Rivière descubría los grabados rupestres de la cueva de La Muthe. En 1896, Delais hallaba los de la cueva Pair-non-Pair. El mismo año, Capitan, Peyrony y Breuil veían por primera vez los grabados de Les Combarelles y las pinturas

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

de Font de Gaume. No se podía ya echar la culpa a los jesuitas de tantos descubrimientos de arte rupestre cuaternario. Sólo ahora se valoró el descubrimiento de Altamira, visitada por H. Breuil en 1901. En 1902, Emil Carthaillac publicaba en *L'Anthropologie* una noble confesión que tituló "Mea culpa de un sceptique". En él devolvía el honor a Sautuola y se reconocía su descubrimiento trascendental.

Ante estos hechos, si intentamos analizar la causa de tan tenaz y obcecada posición mental sólo hallaremos una razón para explicarnos el acierto de M. de Sautuola y la posición errónea de G. de Mortillet y tantos otros. La clave de tal error provenía de la idea del progreso indefinido del hombre, de una evolución continuada en su desarrollo tal como el racionalismo cartesiano había aportado a la mentalidad histórica de los hombres de la Ilustración y sobre todo al positivismo histórico comptiano. Dentro de esta idea mantenida como dogma del pensamiento no podía comenzar el arte por las maravillosas pinturas de Altamira. Otra aberración mental que no permitió ver clara la realidad que Altamira ofrecía fue la firme idea antirreligiosa, de raíz anticlerical, de todos los prehistoriadores de aquel tiempo. Para Mortillet el hombre prehistórico era "ateo y no fue capaz jamás de representar el símbolo más simple: la cruz". Los hallazgos de Piette y de Christy eran solo entretenimiento ornamental y no complejas creaciones del espíritu del hombre nacidas de una raíz religiosa.

Marcelino de Sautuola pudo juzgar con la serenidad de un científico verdadero su hallazgo por tener apartada su mente de aquellos evidentes fanatismos y pudo ver bisontes en la cueva y ver la gran antigüedad de una de las maravillas de arte humano de todos los tiempos y atribuirles la antigüedad remotísima que tenían, aunque contradijeran los dogmas con los cuales juzgaban la historia humana falsamente, los sabios de su tiempo, menos librepensadores de lo que ellos creían. Como los sostenedores de la letra del Génesis sobre la antigüedad y origen del hombre, también ellos, los arrogantes librepensadores decimonónicos, habían obcecado su mente con ideas preconcebidas a las que daban un valor universal y dogmático y ello les impedía aceptar los hechos que **[-110→111-]** las contradecían. Exactamente igual que a sus inmediatamente anteriores contradictores. SÍ Cuvier negó que pudiera existir un día la Paleontología humana por no existir hombres fósiles, según él, Mortillet negaba ahora la religiosidad del hombre, prehistórico y su capacidad para crear un arte grandioso ya en su sociedad primitiva. Las grandes y duras discusiones sobre el origen y antigüedad del hombre no habían servido a los que las sufrieron para abrir sus mentes a la comprensión de otro fenómeno histórico paralelo, el del nacimiento del arte y, sobre todo, no habían servido para que su conducta fuera más abierta a la discusión y a la comprensión humana. Ello les llevó a no respetar siquiera la personalidad científica y señoril de M. de Sautuola. La gran lección de ambos errores debe ser para nosotros la de promover una postura de humana humildad en toda posición científica que siempre deberemos mantener los dedicados a cultivar y ensanchar los saberes del hombre. Siempre la soberbia nos impedirá juzgar y comprender la verdad.

Nada más negativo que negarse a toda novedad y a toda discusión a base de despreciar el fenómeno o la idea que contradiga aquello que nosotros creemos saber o tenemos por verdadero.

Quisiéramos que el goce de las bellas creaciones de arte que Altamira nos ha conservado, sirviera también para recordarnos esta lección, de evidente interés, que nos aporta el descubrimiento y valoración de la cueva. Es una anécdota digna de ser recordada al conmemorar el centenario de su descubrimiento.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia